a la redonda estaba pertrechada y fortificada con presidios y tercios de gente muy valerosa no era mucho el daño que podían temer, porque confiaban de sus otomíes más que de su mismo valor y fuerzas. Pues como estas guarniciones, que por toda la redonda había, se vieron cercados hicieron su acostumbrada seña y salieron a ellos con ánimo de morir y a que los matasen y juntamente fueron a dar aviso a la señoría del gentío grande que los tenía cercados. Comenzaron la guerra y aunque fue muy prolija y reñida hubieron de volver las espaldas los que venían en favor de los mexicanos, porque como había de todas familias, así también eran pocas las fuerzas, y las de los contrarios tlaxcaltecas unas y muy aventajadas, y en breve tiempo los desbarataron y cuando llegaron los de la ciudad al socorro ya estaba hecha la batalla. Luego fue la nueva de lo hecho y cómo las fronteras habían peleado valerosísimamente y que los habían puesto en huida y muchos de ellos seguido el alcance. Vueltos los ejércitos mexicanos de esta vez con este despacho entraron los vencedores en Tlaxcalla con la presa y despojos que habían ganado, que dicen fue una muy grande suma de riquezas; y en recompensa de tan hazañoso hecho casaron muchos señores sus hijas con los capitanes otomíes, que eran fronteros, en pago de agradecimiento y armaron caballeros a muchos de ellos para que fuesen tenidos y estimados en la república por personas nobles y calificadas en ella. Hiciéronse en esta ciudad muy solemnes y regocijadas fiestas por esta tan grande y feliz victoria; y sobre todo pusieron grandísimo cuidado, de allí en adelante, de reforzar su ciudad, rehacer sus fuertes y renovar sus fosas, haciendo en ella otros muchos reparos; porque si Motecuhzuma revolviese sobre ellos no les hallase desapercibidos y los destruyese y avasallase.

CAPÍTULO LXXIII. *De una grande hambre que hubo en tiempo de este rey Motecuhzuma, y de lo que hizo para favorecer a sus gentes*

L CUARTO AÑO DEL REINADO de este poderoso y desgraciado rey hubo una muy grande hambre en toda la tierra convencina a esta ciudad, en muchas leguas a la redonda, que ya parecía que los cielos comenzaban a anunciarle la carestía de ventura que había de tener en los años siguientes, y fue grandísima la seca de este año y tanto abrasaba el sol que parecía que se abrasaba la tierra, y por esto creció el siguiente tanto la hambre que, no teniendo los mexicanos ni toda su comarca que comer, se apartaban a tierras muy lejas y extrañas a comprarlo; y llegó a extremo que habiendo gastado todo cuanto tenían estas cuitadas gentes en los bastimentos que les faltaban, llegó a punto de vender las madres a sus hijos por precios bien cortos y limitados; lo uno por remediarse a sí, y lo otro por no verlos perecer a ellos. Y aunque Motecuhzuma viendo la grande hambre que los suyos pasaban, había dado mucha parte de las semillas de sus

trojes para socorro de ellos; pero viendo la grandísima necesidad que había y que ya no les quedaba esperanza humana de remedio, mandó que las trojes se abriesen y que fuesen dando de ellas a todos por iguales partes, entrando él a la partición con ellos; y viendo que aún no bastaba les dio licencia para que cada cual se fuese a la tierra que le pareciese a socorrer su necesidad y a vivir en ella, si no quisiese volver hasta pasada la hambre. Dicen que con la licencia de su rey y necesidad que pasaban salieron muchos de por aquí y murieron de ellos gran parte en los caminos y otros se salvaron y muchos se quedaron después por allá pasada la hambre.

Es muy proprio de príncipes generosos mostrar largueza y liberalidad con sus vasallos cuando los ven en aprieto y necesidad, en especial de hambre; porque con esta franqueza se hacen señores queridos y muy dueños de los corazones de sus gentes, porque la liberalidad ata las manos, no sólo a los amigos para estar firmes en la amistad, sino también a los enemigos para olvidar injurias, como en otras partes hemos dicho. Y es muy notorio a todos los que saben y entienden algo de aquel valeroso griego Cimon, del cual dice Plutarco,[1] que fue tan liberal que mandó a sus labradores quitar los cercados y vallados de los sembrados y sementeras para que se aprovechasen los peregrinos y forasteros del pan que quisiesen para satisfacer la hambre que tuviesen; y no sólo los peregrinos sino también todos los que en la ciudad la padeciesen. De aquel consejo de Joseph[2] que dio al rey Faraón de Egipto redundó tener trigo y semillas en todo su reino para remedio de la hambre que sobrevino después de los siete años de abundancia que antecedieron a esotros siete estériles que pasaron; pero aunque hubo pan vendióse caro, porque al principio lo compraban a peso de plata y después que faltó el dinero a trueque de los ganados que tenían y cuando ya no había cosas con que comutarlo se dieron todos por particulares terrazgueros del rey; de manera que si hubo pan fueles muy caro y lo compraron con sus haciendas y libertad; pero en esta ocasión hace Motecuhzuma muy desinteresadamente porque no obliga a los moradores de su ciudad a ninguna paga, sino que libre y francamente abre sus trojes y graneros y comunica a sus vasallos las semillas que en ellos estaban encerradas para que con este favor socorriesen sus vidas y él quedase más amado y querido de los suyos; que si bien se mira esta liberalidad (y más en tiempo de hambre) hace a los hombres gloriosos y que su fama dure por todos los siglos y edades del mundo. De Pelópidas, ateniense, dicen los que engrandecen sus hechos que era tan liberal que, siendo rico y muy próspero en los bienes que había heredado de sus padres, comenzó luego en su mocedad a mostrarse muy franco con todos y que con los pobres y necesitados partía el pan que tenía; y dicen que decía que el hombre había de ser señor de su hacienda y no esclavo de ella; a cuyo propósito dijo discretamente Aristóteles que mucha parte de los hombres o no usan de sus riquezas por ser viles y apocados o ya que las tengan las gastan mal y sin cordura; y aunque este segundo es vicio, no es tan afrentoso como el

[1] Plutarco in Vita Cimoni.
[2] Genes. 41.

primero; porque el roto y desbaratado y mal distribuidor de su hacienda (aunque parece digno de nota por ser desperdiciado como lo fue el hijo pródigo), al fin será posible que, en aquella distribución indiferente que hace, dé algo que sea de merecimiento socorriendo algún pobre y necesitado y haciendo alguna otra obra buena; pero el escaso y miserable como guarda tanto, falta en las cosas forzosas de la honra y aun en las de la obligación de la caridad, como parece en el rico avariento que ni aun las migajas que se desperdiciaban en su mesa quería dar al pobre Lázaro;[3] y estos tales, ni son para reyes, ni aun para hombres, sino para sapos; que dicen de ellos los naturales que aun de tierra no se hartan, por ser de tan vil y baja naturaleza que les parece que aun la tierra les ha de faltar con ser elemento tan grande y tan común a todos. No se dice esto de aquel invictísimo César de gloriosa y santa memoria, Carlos V nuestro señor, sino que estando una vez ya para sentarse a la mesa, en cierta guerra que hacía y siendo tiempo de hambre, y que la padecía el ejército, entraron dos de los soldados y tomaron dos panes que estaban puestos en ella y mirando al emperador uno de sus capitanes que con él comía, para ver qué sentimiento mostraba, él que lo advirtió, le dijo: dejadlos, llévense el pan que para mí no ha de faltar y ellos lo hambrean; y si en mí no hallan socorro menos le tendrán del enemigo. Sentencia digna de tan valeroso y cristiano capitán. Pasóse este tiempo de tanta hambre y volvieron los mexicanos a gozar de mucho pan y quedó Motecuhzuma con nombre de muy padre de sus hijos.

En este mismo tiempo que corrió la hambre dejó de humear el volcán y estuvo veinte días sin hacer demonstración de humo ninguno y lo notaron estas gentes, pronosticando en esto que aunque faltaban los mantenimientos en la tierra había de venir año que cogiesen mucho pan, como sucedió, aunque también pudo ser anuncio de que el humo infernal de la idolatría, que tan en su punto estaba en esta ciudad y reinos por aquellos tiempos, había de faltar y el demonio había de ser echado de este su tan reconocido reino a las penas y tormentos infernales, como después sucedió con la entrada del evangelio, que con tanta gloria de él se predicó en toda esta Nueva España, aunque con inmensos trabajos de sus evangélicos ministros.

Reformados ya estos indios de la hambre pasada hizo guerra su rey a los de Quauhnelhuatlan, para cuya jornada dio armas y ropas nuevas de diversos colores a los capitanes y soldados, y lo estrenaron todo en aquesta guerra; y los muchos captivos que trajeron de ella fueron sacrificados en la estrena y dedicación del templo de la diosa Chicomecohuatl, por otro nombre Centeul, que se acabó en este año, cuyas fiestas fueron de grandísima celebración, por ser la abogada de los panes (como en otra parte decimos) y estar ellos con la memoria fresca de la hambre pasada y temerosos de otra que les sobreviniese.

[3] Luc. 16.